

La Oración Parte Dos,

Problemas que se presentan cuando oramos

“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Quéquieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos.”

En Mateo capítulo 20: 20-22. Encontramos aquel relato en donde la madre de los hijos de Zebedeo, postrada ante el Señor, le pide que siente a sus hijos, uno a la derecha y el otro a la izquierda en el reino. Y aunque dicha petición provino de un deseo genuino de una madre, para sus hijos. La respuesta del Señor fue sorprendente: “No sabéis lo que pedís”

Estoy casi seguro, que si pudiéramos escuchar las Palabras de Dios la mayoría de las veces que oramos. Seguramente serían “¡No sabes lo pides!”.

Desde la antigüedad hemos visto que se ha orado a Dios, pero también algo ha sido evidente en el paso del tiempo. ¡Las personas No sabemos orar!

Una de las cartas en el Nuevo Testamento que hace énfasis en la importancia de la oración es la carta de Santiago. Y en uno de sus capítulos dice esto: “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.*” (Santiago 4:3).

Conste que para esta época los primeros cristianos tenían frente, a ellos a los apóstoles y a hermanos muy dedicados a la oración como lo fue el mismo Santiago. Quién se ganó el apodo de “Santiago rodillas de camello” por orar postrado.

Por un lado el Señor nos puede decir indudablemente “*No sabéis lo que pedís*” y por otro Santiago dice: “*pedís mal...*”

En esta segunda parte de nuestra lección sobre la Oración mencionaremos solo cuatro problemas que enfrentamos al momento de orar.

Quizás el problema más común que enfrentamos a la hora de orar es que no sabemos cómo orar. Pese a que en el Nuevo Testamento tenemos las enseñanzas del Señor sobre la oración. Los discípulos hallaron en Jesús un maestro de la oración y mostraron interés en aprender a orar cómo Él. “*uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar...*” (Lucas 11.1). De la misma manera nosotros debemos estar dispuestos a mejorar nuestras oraciones.

Un ejemplo de este problema a veces se ve reflejado aun en los servicios dominicales; hacemos la misma oración cada domingo, totalmente mecanizadas y parecen no estar dispuestas a cambiar.

Otro problema que enfrentamos a la hora de orar tiene que ver con nuestro entendimiento sobre la frase “Hágase tu voluntad”. Muy a menudo en cada oración usamos esta expresión. Y por supuesto que ninguno de nosotros oraría a Dios sin tener en cuenta su Voluntad.

Pero cuando oramos por primera vez por algo, y está no se cumple al instante. Simplemente concluimos que esa no era la voluntad de Dios.

Dicho de otra manera, nos rendimos fácilmente, y una actitud como está parece demostrar que nuestro deseo solo era momentáneo. Y que no estamos dispuestos a sacrificarnos por lo que deseamos.

Un ejemplo que puede ayudarnos a mejorar esta área lo utilizo el propio Señor Jesús en Lucas 18. 1 al 7. En donde él enseña sobre la necesidad de orar y no desmayar.

“diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, qué claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?”

Como vemos esta viuda insistente estaba pidiendo justicia. Justicia que le fue concedida aun cuando el juez era un hombre que no temía a Dios, ni respetaba a nadie.

En este relato dos cosas podemos aprender sobre la viuda. Primero ella estaba pidiendo por algo que realmente era importante “Justicia” y segundo, pidió consistentemente porque para ella eso era una necesidad.

Un tercer problema que enfrentamos. Es que creemos que la oración es poderosa por sí sola. A veces escuchamos oraciones por radio emisoras que están subidas de tono. En dónde parece ser que Dios en lugar de ser Soberano, es entendido como un sirviente.

Y la verdad es que la oración es solo el medio para comunicarnos con el Todopoderoso, y es Dios en quien reside el poder.

Leamos un ejemplo de oración en el primer libro de Crónicas capítulo 29, versículos 10 al 20. Con el Rey David.

“Asimismo se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el

reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos. Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti, como todos nuestros padres; y nuestros días sobre la tierra, cuál sombra que no dura. Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo. Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada; por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto, y ahora he visto con alegría que tu pueblo, reunido aquí ahora, ha dado para ti espontáneamente. Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo, y encamina su corazón a ti. Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas, y te edifique la casa para la cual yo he hecho preparativos. Después dijo David a toda la congregación: Bendecid ahora a Jehová vuestro Dios. Entonces toda la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante de Jehová y del rey.”

Este es un magnífico modelo de oración, en donde se alaba a Dios como Soberano sobre todas las cosas, y que él es la fuente principal de la vida.

Por lo tanto creer que la oración es poderosa sin tener en cuenta a Dios. Solo se convierte en un conjuro mágico similar a un ¡Abracadabra!

Un cuarto y último problema que enfrentamos, es que a veces somos egoístas en nuestras oraciones. Oramos la mayor parte por cosas que solo nos benefician a nosotros y no a los demás.

De esto es lo que Santiago hablaba: “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites*” (Santiago 4:3). Mas allá de pedir por cosas materiales, parece ser que el enfoque era en ellos solamente y no en otros.

Cuando oramos, nos olvidamos de pedir por aquellos que sufren y necesitan más que nosotros como los huérfanos, las viudas y los enfermos. También existe la posibilidad que haya cosas que nosotros deseemos con tanta intensidad pero que pueden perjudicar a otros. En tal caso, es mejor para nosotros y para otros que esas oraciones no sean contestadas.